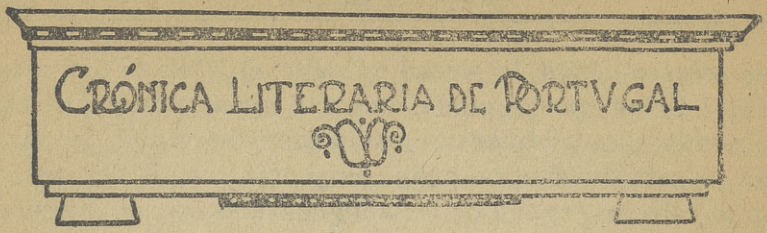

EUGENIO DE CASTRO

Eugenio de Castro es, a la poesía moderna de Portugal, lo que Eça de Queiroz es a la prosa: el renovador.

Pero, al mismo tiempo, Eugenio de Castro es como el mandatario, el descendiente de dos familias de artistas, eruditos, clásicos, que se unen en el matrimonio de sus padres y producen el vástago en el que se realiza la síntesis de selección de la estirpe y de la raza.

Entre la ascendencia paterna de Eugenio de Castro se cuentan el gran poeta Sá de Miranda; el erudito autor de *Poesías portuguesas y latinas*, Aires de Sa Pereira e Castro; la reverenda doña Eugenia da Costa e Almeida, autora de admirables *Cartas*, y su abuelo D. Luis da Costa, gran humanista, que alcanzó grandes honores y ejerció altos cargos en la Corte de D. Miguel.

No menos ilustre es la ascendencia materna. Es toda una familia de religiosos, nobles y eruditos. Se cuentan, entre ellos, los tres hijos ilustres del doctor Freire de Figuereido, señor de la casa de Tapada. El primero, D. Antonio, fué fraile, grande humanista y amigo íntimo de Bocage, a cuya muerte dedicó un soneto. El segundo, fraile Agustino, canónigo de la catedral de Lisboa, rector del Liceo, socio de la Academia y preceptor de la Princesa María Amelia, hija de D. Pedro IV; dejó muchas obras de Filología y Literatura. El tercero, José, fué el más popular de todos

por sus curiosas *Memorias* y sus traducciones de Yácito.

Entre sus nobles parientes maternos, se contaron la vizcondesa de Alcántara y D. Leonardo Pinheiro de Vasconcelos, consejero del Rey D. Juan VI. Uno de sus bisabuelos, Francisco José Freire de Macedo, fué magistrado, y dejó inéditas muchas obras, de prosa y verso, de gran interés. Hasta su abuelo, D. Francisco de Castro Freire, fué erudito, humanista y poeta. El padre de Eugenio de Castro, D. Luis da Costa e Almeida, era decano de esa Universidad de Coimbra, de la que nuestro poeta ocupa hoy una cátedra que, aunque conquistada con su esfuerzo y su saber, nos parece de *derecho propio.*

Tiene importancia toda esta ascendencia, para ver en el poeta al heredero de una familia en la que se ha ido operando una selección y formándose un nivel de cultura y de honorabilidad superiores. La infancia del poeta transcurre, pues, entre una familia aristocrática, culta, severa; en una ciudad aristocrática, culta y severa. Sus juegos de niño tienen lugar entre aquellas librerías llenas de códices de filósofos del siglo XVIII y de clásicos latinos, herencia de sus abuelos, y sus paseos de adolescente por las románticas calles de esa ciudad sagrada o por los melancólicos alrededores de las márgenes del Mondego. Todo fué dulzura, orden, paz, a su alrededor, y la poesía que florece en su espíritu en esta primera época lleva el sello tradicional de esta educación y esta placidez que lo rodea. Son composiciones improvisadas, espontáneas, hijas de sugestiones de las cosas que lo rodean, visiones religiosas, vagos sentimientos de amor, sensaciones personalísimas e ingenuas. A esta primera fase, que algunos de sus biógrafos dividen en dos períodos, pertenecen *Cristalización de la Muerte*, *Canciones de Abril*, *Jesús de Nazareth* y *Horas tristes.*

Después, Eugenio de Castro va a hacer su doctorado en Lisboa, entra en la redacción de *El Día*, es amigo de Juan de Deus y de los principales escritores portugueses, y aquella robusta savia que hay en su naturaleza, comienza a cir-

cular y desplegarse, en admirables y lozanos brotes, con *Caristos* y con *Horas*.

Viaja, visita España y Francia; su espíritu, pleno de sentimiento de lo bello y ansioso de lo nuevo, se abre y se despliega entre la corriente de nuevas formas estéticas. Se injerta todo lo moderno en el tronco clásico, y Eugenio de Castro, con escándalo de las gentes de su tiempo, se afilia al Simbolismo, rompe la tradición de humanistas de sus mayores, se lanza denonado contra el círculo de nacionalismo, lo salva y despliega las galas de su poesía universalista, explicando por símbolos todo el tesoro de colores y sonidos que en su adolescencia solitaria se acumularon en su alma. Aquella infancia y aquella juventud donde se afirmaron sentimientos puros y rectos; aquella soledad donde, aún sin darse cuenta, encontró su propia alma y se formó su personalidad, eran la base necesaria para recibir la lengua de fuego del Espíritu Santo del arte moderno.

A esta época, que encierra toda la grandeza del poeta, pertenecen las maravillas de *Sylva*, *Interlunio Belkiss*, *Los siete durmientes*, *Sagramor*, *Salomé*, *Rey Galaor* y otros poemas.

Como la abeja que ha libado la miel y el perfume de las flores vuelve a su panal, así Eugenio de Castro no tarda en retirarse a Coimbra con el tesoro de sensaciones y recuerdos. Escribe en aquel despacho lleno de muebles de sus antepasados, donde luce el noble escudo de la casa de *Cata-Sol*, y lo envuelve algo de esa soberbia nobiliaria que aparece en él de vez en cuando para lanzar sus composiciones, con supremo desdén del juicio ajeno, como formidables arietes, en un país, que es, como el nuestro, cultor de las tradiciones y que se asombra de las excentricidades y de las impertinencias voluntarias del poeta, de su exotismo, de su falta de respeto al espíritu y a la forma clásica.

Pero su poesía pasa las fronteras, el mundo todo mira hacia los versos de Eugenio de Castro como mira a la prosa de Eça de Queiroz, y a la luz de su prestigio se ilumi-

nan las bellezas de toda la literatura portuguesa, se conocen los otros artistas, se universaliza y se eleva.

Además de esta misión importante, Eugenio de Castro realiza otra no menos decisiva, irradia en el campo de la técnica literaria las influencias extrañas a él, que ha acumulado. Merced a su influencia la poesía se renueva, la métrica adquiere flexibilidad, las estrofas arcaicas admiten modificaciones y se despliegan nuevas galas de color, de armonía, con la introducción de elementos decorativos, y una mayor libertad de forma y de concepción la revista *Arte* que edita en Coimbra, ejerce, a pesar de su vida efímera, influencia saludable.

En toda la obra de Eugenio de Castro, en este tiempo, resplandecen tres notas principales. El culto a la forma, la serenidad y la *saudade*.

Es aquella vida primitiva la que le da esa serenidad que nos hace representárnoslo en su despacho, no escribiendo en las cuartillas, sino cincelando en mármol las palabras que luego pasan al libro como por un procedimiento en litografía.

De su naturaleza aristocrática nace el culto a la forma, que necesariamente se ha de aliar a la sensibilidad. Hay en toda su poesía una mezcla de valores pictóricos y ritmos, armónicamente acordados, como una sinfonía de color en un solo tono.

El autor es un compositor que traduce en sus imágenes sensaciones de armonía y color. Por eso se apasiona del simbolismo, del cosmopolitismo, porque con ellos realiza sus ideales.

De su alta concepción de la belleza nacen sus *saudades*. Tal vez para Eugenio de Castro se inventó esta bella palabra portuguesa. No llega al dolor, no llega al pesimismo, es *saudade* lo que hay en su alma, *nostalgia* de la belleza, *añoranzas* de ideal irrealizable. No puede llegar al dolor verdad, al humano, al qué vibra en Espronceda o en Leopardi, porque él es feliz en su vida y no puede llegar al dolor cerebral porque su espíritu quintaesenciado encuentra,

como Alfredo de Vigni, que «Gemir, llorar, pedir, es igualmente feo», y Eugenio de Castro no es capaz de descomponer con un gesto o un ademán plebeyo los pliegues de su túnica senatorial.

El ilustre escritor Manuel da Silva Gaío, en un magnífico estudio del pesimismo de Eugenio de Castro, dice: «Su pesimismo no es el del estoico cuyo recogimiento en sí propio representa a un tiempo, conjuntamente, la reprobación de las flaquezas humanas y el orgullo amargo de su aislado valor moral.»

«Su pesimismo no es el del místico que desearía, consumiéndose, consumir toda la maldad del mundo, volatilizar la vida para que la sorbiese un rayo del cielo; y no siendo ninguna de éstas, no tienen tampoco la visión verde-triste y la aridez de alma del vago e insondable infierno de sus anestesias anormales. Su pesimismo es cerebral y no visceral. Se distingue, de los dos primeros, por la naturaleza y objeto; del tercero, por su origen orgánico.»

«Su pesimismo es el pesimismo de un artista. Es, por tanto, su nuevo reflejo de la misma naturaleza y forma de espíritu, que en todo y siempre refleja Eugenio de Castro; es pesimista porque no encuentra el mundo armoniosamente bello; porque le hieren más que a los otros los aspectos feos, los lados triviales y mezquinos, los detalles vulgares de la existencia actual en esta civilización que bestializa las almas en la cruda lucha de intereses materiales, que enfrasca y prostituye a la naturaleza y los paisajes en una furia repugnante de industrialización. Porque es éste su modo de ver y no otro, es por lo que él es artista.»

Ramón Gómez de la Serna, en un estudio dedicado a Eugenio de Castro, ha dicho que: «Así como Emerson escribió a la puerta de su biblioteca la palabra *Capricho*, Eugenio de Castro podría escribir en grandes caracteres la de *Nostalgia*.»

Y refiriéndose a su obra, añade: «Toda la obra de Eugenio de Castro no está inspirada en la evocación y la reconstrucción histórica; eso tendría frialdad y tiesura no;

toda su obra está inspirada en algo más espontáneo, fresco, redivivo, entusiasta y dichoso: la nostalgia.

Se observa, sin embargo, que Eugenio de Castro se aparta un poco de su manera arbitraria y pierde en espontaneidad lo que gana en consideración de los clásicos. Casado en 1898, Profesor en Coimbra, escribe desde entonces. *Constanza*, *A la sombra del Cuadrante*, *El anillo de Polycrates*, *El hijo pródigo*, *El caballero de las manos irresistibles* y otros poemas bellísimos. Ramón Gómez de la Serna, añade: «No obstante las blanduras y amistades clásicas, para que renuncie a sus simbolismos y a sus excesos líricos, Eugenio de Castro persistió en su amor por esa labor del microscopio sobre el mundo destellante y minucioso de su bizantinismo. Todo son numerosos y pequeños detalles en su obra. Nada deja de estar cubierto de fulgencias. Todo tiene su pinta de luz, todo, absolutamente todo. Parece el conjunto de sus versos un lago rutilante bajo la luz del Mediodía.»

Ahora aseguran sus compatricios que Eugenio de Castro vuelve a su tradición clásica y rivaliza con Camoens. No es dudoso que en esta escuela triunfase el talento de Eugenio de Castro y su inspiración fuese más alta que la de todos los pontífices de la escuela; pero para todo el mundo internacional de los artistas, la gran obra del grande poeta contemporáneo de Portugal es la comprendida en esa segunda época de su fase simbolista que va desde 1894 hasta 1899 y a las cuales pertenecen las obras citadas, de las cuales tomo esos párrafos del mágico poema *Salomé*, que Ricardo Baeza tradujo para *Prometeo:*

«IV

.....

En el día de su cumpleaños,
Herodes, para aquietar su triste corazón,

Convidó a los vecinos soberanos
Y dióles un festín que humillara a Salomón.
La preciosa vajilla reluce al sol, flameante,
Entre un aluvión de nardos y camelias...
De los esclavos la marcha sigue el ritmo ondulante
De las hebraicas nubelias...
Canta, en medio de la sala, un surtidor aromático;
Arden gemmas, sin cuento, a lo largo de las estolas
Y del arábigo incienso el nublado lunático
Sube entre la exhalación de las lánguidas violas...
Traen un enorme pez, un pez gigante,
Que en las escamas tiene los colores del cielo;
Y el viejo Herodes narra la historia emocionante
Del anillo que cierto rey lanzó al mar Egeo...
Bajo las coronas de verbena hay ojos relucientes...
Pasan guisados mil, en salsas atigradas,
Y ágiles esclavos, sobre doradas fuentes,
Traen nobles pavos-reales de plumas consteladas.
Asombran tres grandes jabalíes y dos corzos enteros,
En finos vasos hierven los vinos traicioneros,
Y de las nubelias sube la escala cristalina...
Cada matrona exhibe los senos sin misterio;
La columna frágil del surtidor inflámase, argentina,
Y Lysanias, tetrarca de Abilina,
Recita versos griegos de Tiberio.
Herodías sonríe con sonreir jocundo,
De lujuria palpita la abrasada marea...

De súbito, no obstante, todo calla:
Por el fondo, aparece bailando Salomé.

Un zaïmph lunar, leve como un relente,
Ciñela, dejando ver su desnudez morena,
Ciega de sus anillos la luz resplandeciente,
Y en ambas manos trae una pálida azucena.

Y la infanta avanza entonces al son de los burcelines...

Como sonámbula perdida
En encantados, místicos jardines,
Diríase que danza, desmayando
Al perfume de las flores que la están bañando...
Diríase que danza y está soñando...
Diríase que se ha estado besando toda...

.....

Pie ante pie, recelosa, se diría
Que entre dos precipicios va pasando,
Y que una oculta mano, temerosa y fría,
La hiciese resbalar mientras va tanteando...

.....

Nacen bocas en el aire que ha estado besando,
Y ella las deshoja, extraviada, ansiosa, incierta,
Desmayando, jadeante, suplicando...

Cállanse los burcelines y Salomé despierta.
Rompen aplausos mil en temblores de llama,
Dánle joyas valiosas las lánguidas mujeres,
Herodías florece, y el viejo Herodes clama:
«¡Salomé! ¡Salomé! ¡Pídeme lo que quisieres!»

¿Y qué ha de pedir ella? ¿De esencias un bocal?
¿Un vestido? ¿Un anillo? ¿Un velo? ¿Una turquesa?
—Herodías, en tanto, dice bajo a la princesa:
«¡Pídele, hija mía, la cabeza de Juan!»

La princesa se estremece: ¡Oh, qué dices, matarle!
«¿Sumergirle en el helado sueño?
»¡Oh, no, madre, elegirle, libertarle,
»Vestirle como a un rey, en un trono sentarle!»

Pero Herodías dice:
«Pide que perezca,
»Si una gloria quieres tener como ninguna tenga;
»Aunque su muerte ahora te entristezca,
»Esa débil tristeza ha de pasar en breve...

»El calor de los festines disipará tu llanto.
»—La añoranza es un fugaz aroma de violetas.—
»Y el mundo sabrá, hija, que tu encanto
»Hace rodar por tierra cabezas de profetas.
»¡Esa muerte dará un par de alas radiantes
»A tu nombre; andarás en pompas de victoria!
»Si quieres tener una gloria que exceda a las más brillan-
(tes,
»Riega con sangre tibia las raíces de la gloria!»

Cantan de Salomé, en el perfil de moneda,
Dorado por la ambición, los ojos de amatista,
Y, junto al tetrarca, murmura su voz queda:

«¡Dame la cabeza de Juan el Bautista!»

Tiembla el tetrarca al escucharla:
«Preferiría darte
Toda mi vajilla, todo mi tesoro...»

Pero, en breve, a un gesto suyo, un esclavo negro parte
Llevando una espada y un gran plato de oro...»

CARMEN DE BURGOS.
Colombine.

Acuse de recibo:

Fábulas, por Pedro Barte, con ilustraciones de Leal da Cámara.—Es un libro simpático, en el que se ha unido, en delicioso conjunto, el humorismo del poeta con la gracia y el ingenio del gran caricaturista para hacer un libro infantil, ameno e interesante, aun para los grandes, y que añade una nueva joya a esa importante literatura infantil, más descuidada de lo que merece en casi todos los países.

Oración de la Raza, por Manuel de Figuereido.—Poema en prosa, en los que el ardiente espíritu nacionalista del

poeta siente el amor a su tierra y a su origen con tal ardor místico, que se exhala en cantos que son verdaderas plegarias, en las que se vislumbran hondos surcos de recuerdos de gloria y de esperanzas redentoras.

C. DE B.

En esta sección daremos cuenta de los libros portugueses que se nos envíen.